

Recibido: 14/6/2015
Aceptado: 21/09/2015

Consistencias en crisis: el sujeto en los tiempos de hoy*

Ricardo Rodulfo

Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

El autor, partiendo del ejemplo del niño deambulador, recupera la idea de desobediencia en términos de Winnicott, para quien la normalidad, la obediencia y la adaptación serían formas de comportamiento que no corresponderían propiamente a “la vida”.

Haciendo una valoración del concepto inconsistencia, pone en cuestión ciertas filtraciones que considera metafísicas dentro del psicoanálisis. Con el objetivo de evitar el aislamiento y abrirnos a otras disciplinas propone un mayor acercamiento a la filosofía, tomando como referentes a los filósofos que considera más amigables con el psicoanálisis.

Ante los desafíos actuales, el autor plantea una nueva genealogía conceptual psicoanalítica, para lo cual se apoya en la música y, fundamentalmente, en el jugar de Winnicott, que en inglés (play) implica lo ficcional y la interpretación de roles.

ABSTRACT

The author, based on the example of the toddler, recovers the idea of disobedience in terms of Winnicott, for whom normal, obedience and adaptation would be forms of behavior that are not proper “life”. Making an assessment of the inconsistency calls into question certain leaks which considered metaphysical in psychoanalysis. In order to avoid the isolation, he establishes the importance of knowledge of philosophy in the psychoanalytic field and relies on philosophers that are considered in a more friendly position with psychoanalysis.

Given the current challenges of psychoanalysis the author proposes a new psychoanalytic conceptual genealogy which is supported primarily in the play of Winnicott –in English “play”– that involves the fictional and the role playing and a particular emphasis on music.

* Trabajo presentado en el Simposio Anual de SAP, 2014.

DESCRIPTORES: IDENTIFICACIÓN – CRISIS – CONSTRUCCIÓN –
DECONSTRUCCIÓN –CONSISTENCIAS.

KEY WORDS: IDENTIFICATION – CRISIS – CONSTRUCTION –
DECONSTRUCTION – CONSISTENCES.

Consistencias en crisis: desarrollo del sujeto en los tiempos de hoy

Diría, para comenzar, que la vida empieza cuando uno no le hace caso a alguien. Y varias veces empieza la vida cada vez que uno no le hace caso a alguien según como Winnicott (1987) entiende la normalidad, la obediencia y la adaptación: formas de comportamiento que no son propiamente “la vida” sino que más bien bloquean lo que sería verdaderamente la vida de una persona. Pensemos en la magnífica escena del deambulador: el deambulador que se lanza al espacio haciendo como que no escucha los “no”, los cuidados con que lo corren detrás; una primera gran desobediencia. Empieza ahí cierta identificación con el héroe, una identificación mítica que lo lleva a ser un personaje de ficción.

Ya lo mencionaba Freud cuando hablaba de *his majesty the baby*; no era más el bebé organicista del positivismo: convertido en “su majestad” se transforma en un personaje de ficción. Luego están todos los héroes míticos que se le ofrecen en el porvenir a este deambulador y que son todos grandes desobedientes.

Confieso mi simpatía por la inconsistencia entendida de ciertas maneras. La consistencia es una vieja propiedad del ser: el ser es consistente, pleno, presente y absolutamente consistente. El ser pertenece al terreno de la metafísica occidental y es eminentemente consistente. Esto representa un problema, puesto que la metafísica no es una cosa que está en algunos libros y que uno podría no leer y quedar afuera. La metafísica está en la calle, formatea nuestras cabezas, no tanto por el contenido de lo que se piensa sino por las maneras de organizar lo pensado. La metafísica siempre procede, desde Platón, por pares opositivos, por ciertos dualismos, binariedades. Se apropia de todo lo que puede, no se queda quieta y cuando surge un pensamiento nuevo empieza un trabajo metafísico para apropiarse de él. El psicoanálisis no escapó a eso y cuanto menos sepamos de filosofía más vamos a estar prisioneros de la metafísica. Es una ingenuidad creer lo contrario. Como ejemplo podemos mencionar la oposición sensible-

inteligible de Platón –antiquísima oposición– que estructura muchos discursos, muchas disciplinas, muchas creencias y que penetró generosamente en el psicoanálisis: cada vez que el psicoanálisis habla de lo simbólico, del símbolo, suele estar preso de esa oposición donde, además, el motivo de lo simbólico está allí con una inflación del lenguaje, un logocentrismo que a veces hace estragos en nosotros y que también es propio de la metafísica. Por ejemplo, la división freudiana, representación-afecto, legado aristotélico que llegó a través de muchísimas derivas, le obstaculizó a Freud, por muchos años, reconocer la existencia de sentimientos inconcientes a los que finalmente arribó. Esto no se debió a una dificultad clínica, ni por la clínica, sino porque él entonces era tributario de una concepción metafísica que lo dominaba.

Debemos estar atentos y ejercer una cierta vigilancia de la metafísica, tal y como señalan Bachelard (1966) y Derrida (1965), de todo sistema coherente, estable y lógicamente congruente. Heidegger (1962) afirmaba que había que desmontar todo lo preestablecido y propuso para ello lo que llamó “destrucción” de los conceptos tradicionales. Winnicott (1952) siguió la misma línea tal y como se lo comunica a Melanie Klein en una famosa carta: “Usted es la única capaz de destruir este lenguaje denominado doctrina kleiniana o kleinismo con un propósito constructivo. Si no lo destruye, este fenómeno artificialmente integrado deberá ser atacado en forma destructiva” (pp. 27-28). Aunque no le dijo que lo haría él, se podría deducir fácilmente que así fue y que además lo fue haciendo de un modo sutil y progresivo.

Derrida (1967), con un matiz diferencial importante, no va a hablar de destruir el sistema y su consistencia sino de “deconstruirlo”, lo que implica desarmarlo para ver de qué está hecho con el propósito de discernir lo que en ese armado hay de metafísico para liberarnos de él. Es un proyecto liberador el que lo guiaba. Concibe la deconstrucción como la operación de volver un texto contra sí mismo, de liberar el potencial de inconsistencia que hay en la consistencia de un texto (Derrida, 1972). En ello radica la riqueza del texto freudiano, párrafos donde el texto se vuelve contra sí mismo y se convierte en un texto vivo, gracias a que su consistencia, en el fondo, es mucho más débil que la que pueden tener los textos de Melanie Klein o Lacan.

El psicoanálisis está en un momento muy particular, un momento muy propicio para lo que Rafael Paz (2008) llamó *Cuestiones disputadas*, sobre todo si uno hace retroceder la raya de lo disputado muy al fondo de todo. Se siente en crisis, le salen competencias clínicas aunque no parezcan demasiado solventes, no ejerce monopolios, no está de moda. No habría que preocuparse tal vez

tanto por eso, si pensamos que la historia, en general, tiene tres modos de desplegarse: la continuidad lineal, los saltos cuánticos (estructurales o dialécticos) y los eternos retornos. De modo que es posible que en una década el psicoanálisis vuelva a estar de moda gracias a uno de esos eternos retornos, con su propio nombre o con otros, con otros rostros.

Creo que el psicoanálisis tiene que hacer un balance de una gran hipótesis desconfirmada. La gran hipótesis del psicoanálisis fue la relación entre represión de la sexualidad y la neurosis, una correlación directa: a mayor represión sexual, mayor neurosis. Esta hipótesis fue la hipótesis más fuerte, pero en estos tiempos, después de tantas décadas, asistimos a una disminución de la represión sexual y a una sexualidad que en sí misma ha sufrido una serie de transformaciones (en el sentido de aperturas, descentraciones y polimorfismos) y no por ello podemos decir que haya menos neurosis que antes. Incluso, aunque atendamos y no rehuyamos atender casos graves, aunque busquemos extendernos más allá de fronteras tradicionales, en general, la mayor parte de nuestra clientela sigue estando afectada por problemáticas neuróticas que han variado a veces en sus formatos pero que siguen siendo neuróticas. El psicoanálisis contribuyó muchísimo a desarmar la represión sexual.

Debido a su misma naturaleza y a esa característica artesanal que es de lo mejor que tiene, el psicoanálisis no puede abarcar muchos casos. No obstante, pudo encontrar otra vía de penetración formidable que es la literatura, el cine, el teatro, la ópera, la música, la pintura. Mucha gente que jamás se analizó ni se analizaría se nutrió de algún modo, afectivamente, del psicoanálisis, del modo de pensar e interpretar la realidad psicoanalítica a través de los dispositivos mencionados. Ese es un modo de difusión con el que el psicoanálisis no contaba, pero que no es casual dada la naturaleza de lo más nuevo que tiene el psicoanálisis como disciplina, desde mi punto de vista.

Ahora tenemos un nuevo aliado: la filosofía. A partir de los 60, más o menos en la mitad del siglo XX, se produce una transformación en el campo de la filosofía. Hay una serie de autores que van a estar en posición mucho más amigable y muchos más afín con el psicoanálisis que el positivismo o que otras corrientes filosóficas anteriores como lo son Agamben, Lyotard, Politzer, Ricoeur, Deleuze, Derrida, quien se autodefine como amigo del psicoanálisis. Esta transformación tiene que ver con un desplazamiento en el campo filosófico donde se pasa de la problemática del ser y la verdad, que son los dos grandes significantes de la filosofía tradicional –de la metafísica occidental– al campo del juego y la interpretación. El juego como juego de la diferencia, la interpre-

tación como trabajo inseparable de la lectura. Derrida (1967) lo desliza en uno de sus epígrafes de una frase de Montaigne: “Presenta más problema interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas” (1580-1588)¹. El psicoanalista interpreta interpretaciones: las interpretaciones de los pacientes acerca de lo que les pasa. No estamos en contacto con cosas directas, estamos en contacto con sus interpretaciones. Ese desplazamiento es fundamental porque el psicoanálisis no está cómodo en una problemática del ser y la verdad aunque se haya visto inmiscuido en ella. El mismo Freud (1914), en uno de sus historiales, se extenua buscando la verdad material, la verdad histórica, y no se resigna a reconocer, contra Jung (que en esa polémica lleva la razón), que tal verdad no se encuentra en ninguna parte y que lo que él puede encontrar son interpretaciones sobre las cuales interpretar. Es entre la interpretación y ese juego de la diferencia donde se arma, justamente, un campo ficcional que es en el cual vivimos. Donde la diferencia no es sino “que difiere” y donde el mismo ser, contra toda una tradición metafísica, finalmente, se vuelve un concepto ficcional o la ficción de un concepto.

Esta alianza inesperada beneficia mucho al psicoanálisis, el cual venía con un trasfondo filosófico muy pobre, desactualizado, demasiado tributario del positivismo del siglo XIX y con muy poca formación filosófica por parte de los psicoanalistas en general. Es por ello lamentable que en Buenos Aires la carrera de Psicología se exiliara de Filosofía y Letras. Aunque esa decisión aparecía como un gran progreso, de lo que se trataba era de convertir al psicólogo en un técnico, lo que en realidad dista mucho de ser un progreso. Ahora bien, creo que el psicoanálisis clásico tiene una genealogía conceptual que exige ciertas renovaciones. La genealogía conceptual del psicoanálisis clásico la haría partir del deseo, sobre todo del deseo inconciente, del deseo que se realiza de una manera disfrazada. De dicho deseo hay una serie de hilos que nos llevan hacia la represión, hacia la sexualidad infantil y hacia el carácter polimorfo de la sexualidad. Todo ello va a confluir en el complejo de Edipo, punto donde se produce una detención y, a mi juicio, un gran problema. El problema del complejo de Edipo (hoy ya no se lo llama así porque los psicoanalistas se familiarizaron tanto con el complejo de Edipo que lo tutean, hablan de “*el Edipo*” como si de un apodo se tratara) el problema, decía, es que Freud lo puso en el núcleo. No es lo mismo decir “hay complejo de Edipo” que decir “el complejo de Edipo es nuclear”. Al

¹ Michel de Montaigne (1533-1592), humanista francés del siglo XVI, citado en Derrida (1967, p. 383).

decir “nuclear” ubicamos algo en el centro y organizamos un pensamiento que lo mejor que prometía era una dislocación del centro. Al colocar una cosa en el centro, todo lo demás empieza a girar en torno de él y no se puede desviar demasiado de él. El complejo de Edipo es un organizador, pero todo organizador reprime lo que organiza, es la fatalidad del organizador; por tal motivo la física se pudo librar del centro: ya no se trata de si la Tierra gira alrededor del Sol o si el Sol gira alrededor de la Tierra. Esa es una polémica renacentista mientras que hoy el universo de la física no conoce de centro.

En esta genealogía conceptual clásica creo que hay cosas que hay que replantearse o declarar caducas. Pasa como el que cultiva flores: cuando uno cultiva flores, aprende que si uno no corta las flores secas no deja brotar las nuevas. El juego en la teoría clásica ocupa un lugar secundario en apariencia, sin embargo con un potencial, porque después de todo la regla fundamental plantea al psicoanálisis como un juego de reglas y como un juego de reglas cuya única regla va a ser poner en suspenso toda regla de corrección lógica, moral, política, de coherencia, de consistencia, de lo que fuere. Yo me propongo una nueva genealogía conceptual para lo cual me apoyo mucho en Winnicott y en otras cosas incluida la música. Una genealogía conceptual alternativa cuya finalidad no sería tirar por la borda la otra sino, en todo caso, reubicarla en esta nueva con algunas cosas que se dieran por caducas. El punto de partida de esta genealogía conceptual es para mí el jugar de Winnicott (1971). El jugar hay que precisarlo, porque el *play* en inglés tiene una dimensión más amplia que el castellano, que implica lo ficcional y la interpretación. En inglés no se dice que alguien toca el piano sino que alguien juega el piano, si queremos decirlo literalmente. En inglés no se dice que un actor hace de Hamlet, se dice que el actor juega de Hamlet. Una obra de teatro también es un *play*, un juego. El jugar que menciona Winnicott tiene de entrada una dimensión ficcional, representacional, de puesta en escena dramática que tiene sólo muy lejanamente la palabra castellana que lo traduce. De ahí surgen muchos derivados que mencionaré brevemente.

Como primera cuestión el lugar que Winnicott (*op. cit.*) da a la ilusión como creadora, con lo cual esta deja de ser la vana ilusión. Luego, la redefinición que él hace de necesidad como necesidad de encuentro, y yo articularía ahí lo musical por una doble razón: primero, porque la música no está sólo en el cuerpo sino que el cuerpo nuestro, en el sentido subjetivo, es musical, está hecho de música. Para pensar el cuerpo tenemos que desgajar una serie de términos que Freud (1915) en algún momento le quiso adjudicar a la cualidad de la pulsión, que queda mucho mejor planteado reemplazando lo pulsional por lo

musical: intensidad, velocidad, cualidad rítmica, timbre, duración, altura, todas estas cosas que sirven para pensar lo afectivo corporal y que son términos de la conceptualidad musical.

En segundo lugar, porque la música acompaña; la función de acompañamiento de lo musical es fundamental, “la música ambiental”, se dice. Esto requiere un examen más profundo. Para ambientar algo de trabajo, algo erótico, algo festivo, algo militar, algo deportivo, lo que fuere, ponemos música. ¿Qué es esta función de acompañamiento, de ambientación? Creo que la música crea un segundo ambiente facilitador que se superpone o se intercala entre lo que llamamos ambiente y nosotros. Un segundo ambiente facilitador que nos pone a raya del horror, a veces de la vida. Cuando alguien le canta a su hijo, a un bebé, una canción de cuna para que duerma, genera un ambiente que acalla en el bebé lo persecutorio y lo angustiador, y lo hace dormir bien. Mucha gente anda con auriculares por la calle para propiciarse un ambiente mejor o a veces, nos dicen, “para no escuchar los ruidos” o “para sentirme mejor”. La música genera todo un ambiente que penetra y acompaña y donde el analista, cuando está con el paciente, debe arreglárselas para recrear algo de eso. Hace poco una paciente que tiene un acúfeno me trajo una noticia interesante que un poco confirma esta hipótesis que traigo. Se trata de una nueva aplicación para resolver el tema del acúfeno que atormenta a algunos pacientes y que no conozco bien en detalle pero es una especie de celular donde se elige qué tipo de ritmo musical le va bien, puede ser el ritmo del mar, de la lluvia u otro tipo de sonido que neutraliza el acúfeno y neutraliza lo persecutorio del acúfeno, es decir, genera otro tipo de ambiente; como diría Winnicott (1965), la ficción de un ambiente perfecto.

En esta genealogía, para terminar, tendría que culminar con lo que Winnicott (1971) llama “experiencia cultural”, que es la derivación compleja del jugar y que Winnicott define como el lugar donde verdaderamente vivimos. Él coloca allí el arte, la religión y la ciencia. Creo que habría que colocar otras cosas, el amor, por ejemplo, porque después de todo el amor tal como lo conocemos en Occidente es una invención ficcional que empezó en el Renacimiento y culminó en lo que llamamos amor romántico. El amor es una ficción en el mejor sentido de la palabra. También lo es la identidad y ese par de Winnicott (1965) verdadero self-falso self. Construcciones ficcionales para el psicoanalista que pensaríamos mejor si se remitieran a la vieja problemática del ser y la verdad, donde entonces la identidad, por ejemplo, se volvería un estorbo en nuestra conceptualización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bachelard, G. (1966[1938]). *Psicoanálisis del fuego*. Buenos Aires: Alianza.
- (1994 [1948]). *La tierra y los ensueños de la voluntad*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Derrida, J. (1998 [1967]). *De la gramatología*. México DF: Siglo Veintiuno.
- (1989[1967]). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- (1988 [1972]). *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Freud, S. (1979[1894]). Las neuropsicosis de defensa. En: *Obras completas* (Vol. 3, pp. 43-61). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1979[1918-1914]). De la historia de una neurosis infantil. En: *Obras completas* (Vol. 17, pp. 1-111). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1979[1915]). Pulsiones y destinos de pulsión. En: *Obras completas* (Vol. 14, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Heiddeger, M. (1975[1962]). *La pregunta por la cosa: la doctrina kantiana de los principios trascendentales*. Buenos Aires: Alfa.
- (1971[1927]). *El ser y el tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, R. (2008). *Cuestiones disputadas: en la teoría y en la clínica Psicoanalíticas*. Buenos Aires: Biebel.
- Platón (1871-1872) *Obras completas*. Madrid: Medina y Navarro.
- Winnicott, D. (1975[1965]). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia.
- Winnicott, D. (1982[1971]). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1987). *El gesto espontáneo: cartas escogidas*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1993[1988]). *La naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós.